



**IRIS**



## EL OJO CLÍNICO



*Sucedido, que ha podido  
no llegar á suceder;  
pero que bien puede ser  
también que haya sucedido*

Hubo en tiempo de Velázquez un pintor de escasa fama que era un desdichado en toda la extensión de la palabra. Orbaneja,—de este modo el pintor se apellidaba,— pintaba cuadros tan malos que la crítica «sensata» siempre, con razón, lo puso igual que ropa de Pascuas. Y ¡es claro! el pobre en la corte jamás llegó á vender nada, no porque el vulgo entendiera si la obra era buena ó mala, si porque escuchó á la crítica... ¡Y aquí la crítica mauda!

De aquel pobre *pintamonas* era la fortuna escasa, y, para comer, un día contrató cuanto pintara en su vida con un rico bubonero de la Mancha. Llegó á oídos de Velázquez la nueva de la contrata y al infeliz de Orbaneja llamó una tarde á su casa. ¡Ah! Conviene hacer constar que aquella misma semana el bubonero y Velázquez «tuvieron unas palabras» al tratar marchar de acuerdo para una contrata «análoga». — ¡Pero Orbaneja! —le dijo Velázquez sería la cara. — ¿Tú no ves las consecuencias de ligereza tamaña? ¿Pero tú no ves que tiras la suerte por la ventana? ¡Tú, pobrete, que has nacido con «condiciones sobradas» de pintor! ¡Que quizás pintes cuadros *grandiosos* mañana! — ¡Sí, pero ya no hay remedio.

—Las leyes tienen sus trampas. Desde hoy cuantos cuadros pintes llevarán mi firma...

—¡Nada!

Las galerías tienen otra aplicación en España.

Y pintó el cuadro Orbaneja —obra, como suya, mala;—io firmó el maestro y dijo: —Nada pierdes y algo ganas. Dinero, pues tú lo vendes, y, luego, en la corte, fama, pues todos sabrán que es tuyo, y en mentideros y en plazas se sabrá por qué no firmas y aplaudirán la añagiza.

Se puso á la venta el cuadro y se consumó la estafa.

Pero lo peor no es esto, aunque juzgues cosa extraña, lector, que pueda existir algo peor... Pues es fama que *aquel cuadro de Velázquez* vió la crítica «sensata» y que dijo: —¡Esto es un cuadro! ¡Esto es arte y elegancia! ¡Es su estilo! ¡Es su paleta! ¡¡Es el coloso de España!! Y ¡es claro! se vendió el cuadro, que todos se disputaban, á un precio que nunca el pobre de Orbaneja lo soñara...

Que es lo que siempre ha pasado en esta nación que llaman, con mucha justicia, algunos la nación de la reata.

Y... supuesto que este lance esta vez... ó otra pasara... con esos nombres... ó otros... ¿En qué terreno quedaban la crítica ¡y Orbaneja!, ¡¡y Velázquez!! ¡¡¡y la fama!!?

FELIPE PEREZ CAPO

## EL BASTON

Alcoba con dos puertas; una lateral y otra que comunica con el gabinete. Frente á la cama, donde el Conde está acostado, una ventana que da al jardín.

*El Conde.*—Nada; decididamente estoy tísico hasta los huesos. No hay remedio humano para mí. He apurado todos los recursos de la ciencia, y ésta se confiesa impotente. Me han visto los médicos más ilustres de Europa, y ni aguas, ni baños, ni medicinas, ni botones de fuego han podido cortar los progresos de la enfermedad, que marcha rápidamente hacia el fatal desenlace. Ejem... ejem... la tosecita, siempre lo mismo (*escupe*) y siempre sangre en los esputos. Ante la tuberculosis no hay más perspectiva que la tumba. Y es preciso conformarse, porque á la fuerza ahorcan. Voy á morir en la primavera de la naturaleza, y casi en la primavera de la vida, á los veintiséis años, cuando todo rie en el mundo y en el alma. Ejem... ejem... Sin embargo; no he desperdiciado el tiempo. Aproveché lo mejor que pude la escasa parte de juventud que Dios quiso concederme, aunque en aquella felicidad hubo su mezcla de amargura, y acre por cierto. ¡Nina! ¡Ah, pobre Nina! También ella se fué al empezar á cubrirse los árboles de hojas y el campo de flores. (*Llaman á la puerta*) Adelante.

(*Entra Teodora*)

*Teodora.*—¿Cómo ha pasado la noche, el señor?

*Conde.*—Como siempre, mal. Pero ¡qué cara tan pálida y qué ojos tan enrojecidos tienes! ¿Has llorado?

*Teodora.*—(*Sonriendo y procurando disimular*) No, señor.

*Conde.*—(*Mirándola fijamente. Teodora baja los ojos*) Pues chica, en cualquiera lo diría.

*Teodora.*—El señor Barón de la Torre acaba de llegar y pretende ver al señor.

*Conde.*—Que pase.

(*Teodora sale*)

Ejem... ejem... Esta pobre muchacha está enamorada de mí, no puede ocultarlo. Hace tiempo vengo observándola, y como es tan buena y sabe que me voy á escape, sufre en silencio. ¡Pobrecilla! No me pesa haber hecho lo que hice ayer.

(*Entra el Barón*)

*Barón.*—(*Abrazando al Conde*) ¡Mi querido Ezequiel!

*Conde.*—¡Hola, Ramiro!

*Barón.*—¿Qué tal ese valor?

*Conde.*—Pscha, valor no falta; lo que falta es vida.

*Barón.*—¡Eh! Siempre tan fúnebre. No hay] que pensar en eso.

*Conde.*—No hay qué pensar en eso, y estoy echando á pedazos los pulmones?

*Barón.*—Exageras, Ezequiel. La aprensión te mata.

*Conde.*—Lo que me mata es esto. ¿Ves? (*enseñándole la escupidera*) Rojo. ¡Todo sangre!

*Barón.*—Sí, pero esa sangre no es del pecho.

*Conde.*—No, es de los pies. Ejem... ejem... ¡y la tosecita, y la fatiga, y la postración extrema que me clava aquí, y las medicinas con que me han infernado el estómago los galenos, que no saben absolutamente nada, y los baños, que no han hecho sino aumentar mi debilidad, y los botones de fuego con que me martirizaban constantemente! ¡Si lo que tengo no es más que una ligera indisposición!

*Barón.*—Bueno; no hablemos de eso, porque te atormentas inútilmente.

*Conde.*—No; si estoy tranquilo...

*Barón.*—Yo confío que el buen tiempo en que hemos entrado, ayudará á reconstituir tu delicada naturaleza. La primavera...

*Conde.*—La primavera se la llevó también. ¿Te acuerdas de ella? ¡Pobre Nina! ¡Cuánto nos amamos!

*Barón.*—¡Por Dios!

*Conde.*—¿Te acuerdas de sus ojos, grandes y negros? ¡Qué luz había en aquellos ojos, que candor





en aquella frente, que belleza en aquel perfil hébraico, y qué tesoros de ternura en aquel corazón, que despertó al amor cuando yo llamé á sus puertas!

*Barón.*—¿Ezequiel!

*Conde.*—A propósito de ella. Hazme el favor de ir al gabinete, abre el primer cajón de la cómoda y trae un objeto envuelto en un papel que hay encima de todo.

*(El barón entra en el gabinete)*

Oye; trae también el bastón que ella me regaló el día de mi santo, y que está junto á la chimenea.

*(Vuelve el barón con los objetos indicados)*

*Conde.*—*(Desdoblando el papel)* Esto es un rizo suyo. *(Lo besa)*. Como el puño del bastón se destornilla y la esña es hueca, el rizo cabe perfectamente. *(Uniendo la acción á lo palabra)*. Mira: ya está dentro. Ahora, atornillo el puño...

*Barón.*—¿Para qué haces eso?

*Conde.*—Tú, que eres mi amigo del alma, ¿me prometes cumplir mi última voluntad?

*Barón.*—Te lo juro.

*Conde.*—Pues bien: cuando muera quiero llevar encima del pecho este bastón, y así no me separaré nunca de objetos que tanto adoro.

*Barón.*—Se hará como deseas. Llevarás el bastón á la tumba.

*Conde.*—¿Gracias, Ramiro, gracias!

*Barón.*—*(Poniendo el bastón junto á una silla)* Te dejo, Ezequiel. Tus ojos se cierran y te conviene descansar.

*Conde.*—¡La noche ha sido tan mala!

*Barón.*—Pues hasta luego. Volveré antes de ir á comer.

*Conde.*—Sí; no tardes, porque la cosa se va poniendo fea, y quiero volver á estrecharte la mano.

*(El barón besa en la frente al conde y sale. El Conde toca el timbre. Entra Teodora)*.

*Teodora.*—¿Qué desea el señor?

*Conde.*—Escucha, Teodora: tu padre fué hombre honrado que me sirvió fielmente y murió en mi casa. Tu entraste en ella hace seis años. Entonces eras casi una niña. Te

has portado con lealtad y nobleza. Eres buena y mereces ser feliz.

*Teodora.*—¿Qué quiere decirme con eso el señor?

*Conde.*—Yo no tengo más familia que un pariente lejano, cuyo capital es enorme. Ya habrás comprendido que estoy á las puertas de la muerte... *(Teodora rompe á llorar)*. Ayer hice testamento nombrándote heredera de toda mi fortuna.

*Teodora.*—¡No por Dios! ¡No piense el señor en eso! ¡El señor no se morirá! ¡No!

*Conde.*—¡Buena; calla y vete; que deseo dormir un rato. ¡Pobre muchacha! Pero ya se consolará. Una renta de doscientas mil pesetas es capaz de consolar el amor más inconsolable. ¡Ah, oye! Dame ese bastón.

*Teodora.*—¿El bastón?

*Conde.*—Sí; es un capricho.

*(Teodora da el bastón al conde y sale. El conde pone el bastón encima de su pecho; cruza sobre él los brazos y se duerme)*.



## LO QUE PASA

Los aplaudidos autores dramáticos señores Quintero han sido recientemente agasajados por varios de sus numerosos amigos y admiradores con un almuerzo en celebración del brillantísimo éxito alcanzado por su comedia *Los Galeotes*. Nada más justo que ese homenaje rendido al talento y al mérito, pues los Alvarez Quintero son dos escritores que valen de verdad, y sus triunfos están basados siempre en la excelencia de sus producciones.

Después de dar á la escena tan primorosos cuadros andaluces como *La Reja*, *El Patio*, *La Buena sombra*, *El Traje de luces*, *Los Borrachos*, etc., han demostrado que podían abordar con igual maestría la comedia de costumbres en los citados *Galeotes*, obra llena de clara y profunda filosofía.

Entre los distinguidos literatos que obsequiaron á los señores Alvarez Quintero hallábase el intencionado autor dramático D. Jacinto Benavente, que con su última comedia *Lo Cursi* ha prestado un gran servicio no solo al



D. JACINTO BENAVENTE

Arte, sino á la Moral. Observador certero de las flaquezas y los vicios de la sociedad les ha fustigado en anteriores obras, como *Gente conocida* y *La comedia de la fiera*, pero en *Lo Cursi* su sátira ha sido más audaz y ha soltado unas cuantas verdades de esas que levantan ampolla; que es precisamente el principal objeto



NERAFIN ALVAREZ QUINTERO

que debería tener hoy por hoy nuestro teatro.

Con *Los Galeotes* y *Lo Cursi* había bastante para felicitarse cualquiera de la situación de nuestra escena, pero ha venido Pérez Galdós con *Electra* y

ha completado el cuadro, añadiendo una obra maestra más á las que teníamos.

Todos nuestros lectores estarán perfectamente enterados del argumento de la obra y habrán leído

algunas escenas de la grandiosa creación á que nos referimos. Nada podríamos añadir, pues, á lo que han escrito López Ballesteros, Ovejero, Arturo Perera, Arimon, Maetzu, Benavente, Carmanchel, *Miss Teriosa*, *El Paisano de Ramón*, etcétera, corroborado por la iracundia de *El Siglo Futuro*, pero si se puede hacer observar, valiéndonos de una frase muy sobrada y cursi, pero exactísima en las presentes circunstancias, que Pérez Galdós no ha hecho solamente un buen drama, sino una buena acción. *Electra*, en efecto, si bien tiene cinco actos, es un grande acto. La magna voz de nuestro admi-

rable autor ha resonado con fragor de trueno en medio de este charco de ranas, y la deslumbrante claridad de su genio ha penetrado en la lóbrega

caverna asustando á los buhos y murciélagos y espantando á los lagartos. ¡Honoralintrepido campeón de la Justicia y gloria al osado redactor de la *Ilí pocresía* y la Violencia.

Contrastando con la benéfica impresión producida por el estreno de *Electra* debemos registrar el hecho de haber regresado inesperadamente al Ferrol el Carlos V, cuando todos creían, incluso el sesudo Times, que se hallaba ya en Cowes. La verdad es que tratándose de estas cosas más nos valdría estar duermes.



JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO

# AL BAILE!



En pos de una aventura problemática,  
y de una bofetada casi segura.



A echar una cana al aire... la última probablemente.



Para que vean un cuerpo bueno y que  
se mueran de envidia las chicas que no  
sean objeto de mis atenciones.



A cenar, á ballar, á bromear, etc., etc.



Y ver si suguenta al pillo de  
su marido, que dijo que iba á  
velar á un enfermo, y se fué do  
frase



A ver si encuentra la mujer soñada



## EL PRISIONERO



OLENIZABAMOS el regreso de un amigo, un oficial que desde la condición de soldado ha subido a la gerarquía de teniente. Era un tipo curioso, más esclavo de aventureras ansias que dispuesto a seguir el imperativo del deber y más benévolo con la indisciplina brava que pelea porque sí, porque al ímpetu de la sangre le repugna el sosiego, que tolerante con la pasividad que se rinde á la obediencia.

—A estar en mi mano,—solía decir con acento que no dejaba resquejío á la duda,—antes de arriar la bandera, nos hubiéramos batido contra el mundo entero.

De aventajada y erguida estatura, moreno tirando á cetrino, enjuto y desdichoso de todo alíño en el vestir, el teniente Montalvez parece rezagado de una época en que los hombres ponían su vida en dos empresas: correr mundo y combatir. A la condición andariega, vagamunda, juntan un temple de alma extraordinario que les permite dar cara al peligro sin dejar de mantener firmes los pulsos. Su inteligencia no colabora en tales empeños; es el instinto el que regula su energía. Que

no se les pregunte á quien aprovecha su heroísmo, el constante arriesgar de su vida en guerreras temeridades. No sabrían contestar.

Cuando pensamos en obsequiar al teniente Montalvez hubo diversos pareceres sobre el modo más eficaz de expresarle nuestro contento por su regreso. Alguien apuntó lo de regalarle una espada de honor, pero como ese decorativo procedimiento de halagar el auge militar gozaba á la sazón de escaso crédito por haberse extendido mucho, resolvimos festejar á nuestro amigo con una comida. Puesto nuestro amistoso celo á elegir entre la asoladora espada con puño y guarnición de oro ó el sustancioso filete, la mayoría se decidió por lo segundo.

—¿Quiere decirse,—le preguntamos mientras alzaban los mantels y nos servían el café,—que eso de la guerra es divertido?

—Tiene de todo. En los primeros tiempos se arriesga la vida con miedo y se mata con repugnancia; pero luego se hace uno á ello hasta que se concluye por disparar contra un núcleo de hombres con la misma descuidada serenidad con que se apredrea un rebano...

—¿Y á qué atribuyes tu esa mudanza de espíritu?—le pregunto confuso, pues no me explicaba el hecho de que se habituó uno á destruir sin remordimiento.

—¿A qué?—replicó aliviando el reguero que fumaba de un cono de ceniza que se le había formado,—vete á saber. Somos naturalmente brutos y propendemos á la crueldad. El vivir en las ciudades al abrigo de la paz adormece temporalmente nuestros nativos impulsos de destrucción; pero, en cuanto la vida libre y el reto de los demás nos invitan á la pelea, los propósitos de mansedumbre quélanse allá en el subsuelo de la conciencia como bagaje que embaraza y dificulta el movimiento.

—Eso significa, le dije personalizando con la libertad que me consentía su afecto,—que para ti la vida de un semejante importa poco.

—Según,—repuso:—antes, cuando mi semejante, mi prójimo espiaba la ocasión de quitarme de enmedio, de un tiro, ó de un machetazo, su vida no entraba en mis cálculos humanitarios. Ahora, las cosas han cambiado y yo te aseguro que vacilaría mucho entre morir ó matar. En la misma campaña, los escrúpulos de mi conciencia me han traído más de un disgusto y aún me escarabajan el último sin-sabor en el alma.

Habíamos acampado junto á la ensenada de Majana después de dos días de marcha sin barruntar la huella del enemigo. Por allí nos dijeron que operaba O. Intín Banderas y á la zaga del cabecilla andábamos con ánimo de que su gente diese la cara. Era yo entonces sargento de guerrilleros ó iba casi siempre en la vanguardia. Había, pues, noventa probabilidades contra diez para que me escabechasen



pronto. Acampamos, como iba diciendo, allí porque ya la tropa no podía con su alma. Era el terreno anegadizo, insano y aunque el médico se opuso a que nos quedásemos junto a la ensenada por temor a las fiebres palúdicas, todo el mundo prefirió aquel anticipo de descanso a la salud problemática del día siguiente. El calor era intenso y pertinaz. Recuerdo que el capitán de mi compañía tuvo un amago de congestión. A eso de la media tarde, estando yo durmiendo la siesta a la sombra de una frondosa parra cimarrona, vinieron a despertarme dos guerrilleros.

—Sargento Montalvez,—me dijeron,—traemos un prisionero que debe ser un espía.

Me desesperé para mirar al mambi recién capturado y su aspecto exterior me fué simpático. No se puede decir de él que fuera un buen mozo, pero, si que hubiera podido competir con el más arrogante. Lucía en su persona tal distinción que con sólo mirarle se persuadía uno de su calidad social. Aún me parece tenerlo delante, con su traje de hilo crudo, su panamá echado hacia atrás y la carabina Winchester colgada a la bandolera. Al ser traído a mi presencia saludó muy urbanamente sin poner en la cortesía ni un adarme de servilismo. Estando allí a pocos pasos, el alojamiento del teniente coronel consideré ocioso el interrogar al prisionero. Sobre su suerte no abrigaba yo la menor duda. Por aquella



época se fusilaba a todo el mundo y la fiebre exterminadora parecía el credo del general en jefe, hombre terco en el destruir que se ufanaba de haber borrado tres pueblos del mapa. Conduje, pues, al prisionero a la tienda del teniente coronel y me quedé en la puerta esperando órdenes. Os aseguro que nunca he sentido una emoción tan viva como aquella tarde ni me he interesado tanto por la suerte de un hombre. Al entrar, el prisionero y el jefe cambiaron un saludo muy cortés.

—Fase usted,—dijo el militar viendo al mambi plantado en el umbral.

—Con su permiso de usted,—repuso el otro quitándose el sombrero.

El teniente coronel pareció escrutar con la mirada en el alma del prisionero. La distinguida traza del hombre, su desenvoltura y antes que nada la serenidad de ánimo que mostraba, predispusieron a nuestro jefe en su favor.

—¿Es usted insurrecto?—le preguntó al cabo de un rato.

—Sí, señor,—repuso el detenido, sin fanfarria.

—¡Hombre!—insistió con afabilidad el teniente coronel.—¿Y cómo es eso? Usted parece un hombre inteligente, de buen sentido...

Guardó silencio el otro por espacio de unos minutos como si le doliera el arriesgar una réplica impertinente.

—Yo le ruego a usted,—contestó con mesura,—que no entremos en explicaciones. Yo soy insurrecto, porque no puedo ser decorosamente del otro bando. Conozco la suerte que me espera y le ruego a usted que se aborre preguntas a las cuales tal vez no pueda yo responder.

—Está bien,—volvió a decir secamente el jefe.—Vaya usted con Dios.

Ya se disponía el prisionero a salir escoltado, cuando de repente nos dió cara otra vez.



—Si yo supiera,—dijo con reposado acento,—que no molesto á usted, le rogaría me prestase un señalado servicio.

—Usted dirá,—contestó el jefe con desapiedadado laconismo.

—Quisiera que los periódicos de la Habana consignaran en dos líneas la noticia de mi muerte para que cesaran de una vez las alarmas de mi familia.

—Será usted atendido.

Luego el teniente coronel me llamó para decirme:

—Llévelo usted á retaguardia; lo cual equivalía á disponer que fuese macheteadó. Salimos y apenas nos habíamos apartado un trecho de veinte metros del alojamiento cuando me llamaron por orden del teniente coronel. Acudí á la tienda y él se limitó á decirme:

—No lo mate usted. Consérvelo muy vigilado.

De camino hablé con el prisionero y tuve la satisfacción de comunicarle el sentido de la contraorden. El, incrédulo y cortés, sonrió.

—Ya verá usted,—me dijo sin que se alterase su tranquilidad,—como el resultado es el mismo, ahora ó luego.

—No lo crea usted,—le contesté persuadido de que no me engañaba,—Yo espero que salvemos su vida. Aquí, cuando no se hacen las cosas pronto, ya no se hacen nunca.

Le dispuse una hamaca junto á la mía, y aunque sin perderle de vista, le evité las molestias de una vigilancia demasiado estrecha. Era un hombre muy culto y extraordinariamente simpático. Ejercía la medicina en la Habana cuando estalló la revolución. No me ocultó que sin aborrecer individualmente á los españoles odiaba á España.

Por eso no tuvo la menor vacilación para alistarse entre la fuerza de Quintín Banderas. Nos pasamos la noche de charla y en el curso de nuestro coloquio advertí que coincidíamos en aficiones artísticas y en preferencias literarias. El había viajado mucho y como era inteligente y curioso su caudal de experiencia era cuantiosísimo.

—Bueno,—¿y se salvó?—prorrumpí sin ser dueño de contenerme.

—Al día siguiente,—contestó sin inmutarse Montalvez,—al tiempo de ponernos en marcha, el prisionero me confió un depósito; un reloj con su cadena y unas sortijas de oro. —Entréguelas usted en la Habana (me dió las señas) y alguien se lo agradecerá.—Procuré desvanecer su recelo de que iba á morir; pero él, sonriente ni siquiera me contradijo. En esto mis deberes me llamaron por un momento á otra parte. Cuando volví, el prisionero no estaba donde lo dejé.

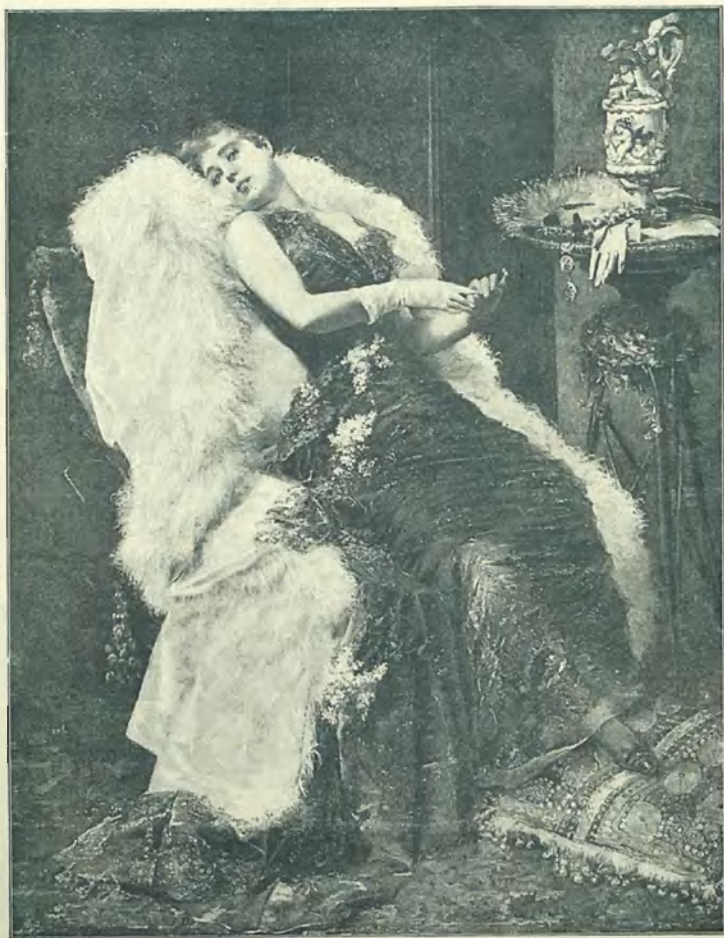
—¿Se había fugado?—dije con impetuoso interés.

—El teniente coronel lo quitó de en medio por ahorrarle una preocupación. Sino tal vez se hubiese escapado,—añadió Montalvez espaciando la mirada á lo lejos.

MANUEL BUENO

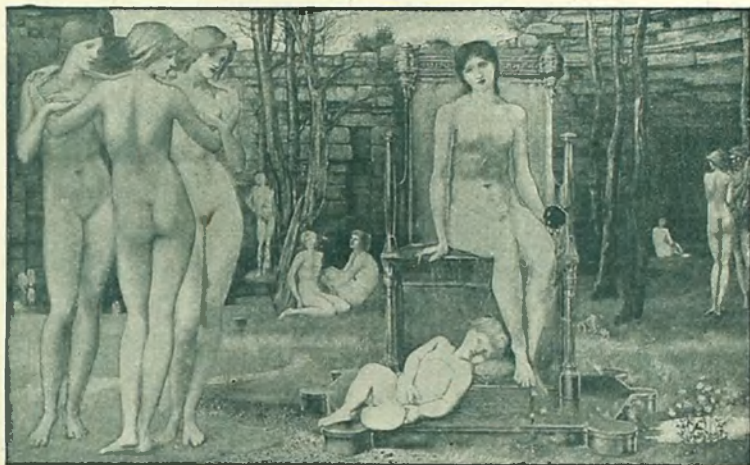


Juan Pablo Salinas: MARCO ANTONIO Y CLEOPATRA



J. Mastiera: LANGUIDEZ

## OBRAS PÓSTUMAS DE BURNE JONES



VENUS CONCORDIA, cuadro sin terminar de E. Burne Jones

Muchas son las obras que no pudo terminar el gran pintor inglés, pero aun así constituyen admirables páginas artísticas, y sirven para estudiar en ellas los procedimientos de aquel insigne creador.

La *Venus Concordia*, y su *pendant*, la *Venus Discordia*, pertenecientes á una serie relativa á la Guerra de Troya, datan de cerca de treinta años. Venus aparece en esos cuadros como la Deidad que preside á las pasiones del Amor y del Odio, tan importantes en la troyana historia. Por espacio de más de veinte años la cabeza de Venus y la manzana que lleva en la mano fueron lo único que había acabado, hasta que en 1895 el autor las volvió á pintar y dibujó de nuevo el fondo. *Las Hadas de la Montaña* debían formar parte de una gran composición relativa á *El Rey Arturo en Avalon*.

Segun refiere el hijo del gran pintor, Felipe Burne Jones, era costumbre de su ilustre padre, después de haber sumariamente bosquejado el plan de una obra y de hacer diversos estudios del modelo para las manos, pies, ropajes, etc., trazar sobre papel oscuro, en el mismo tamaño que debía tener el lienzo, un minucioso esquema de su colorido. Este cartón preliminar era dibujado al pastel ó pintado á la acuarela, y con más frecuencia, combinando los dos procedimientos, y así podía formarse una idea general del efecto que habría de producir. No es menester decir la suma de trabajo que esto representaba, pero prefería hacerlo así que no tener que retocar después la obra definitiva al óleo. Si por acaso alguna vez se veía absolutamente precisado á hacerlo mostrábase escrupulosísimo en raspar y hacer desaparecer con trementina y aun con cloroformo el error original, antes de pintar sobre él.

Cuando el cartón estaba completamente terminado, un ayudante lo dibujaba sobre el lienzo, con lápiz monocromo, siena, tierra verde, ó tierra de sombras, y entonces comenzaba la verdadera obra del pintor. Á lo dicho hay que agregar el nimio cuidado que ponía el egregio artista en no emplear jamás ningún color sobre cuya duración abrigasen dudas los químicos. Con frecuencia se lamentaba de la relativa escasez de su paleta y echaba de menos especialmente la sangre de drago y el lago indiano.

El vehículo para la pintura que empleaba en sus últimos años era un compuesto de partes iguales de copal, aceite de linza y aceite de lavanda, á los que añadía unas gotas de aceite de espliego. Diariamente,—cosa digna de mención,—lavaba su paleta.

Burne Jones es tan admirable por la concienzuda escrupulosidad de sus trabajos, como por la sublimidad de sus concepciones.

JULIO L. CARRION





LAS HADAS DE LA MONTAÑA  
Cuadros, sin terminar, de E. Burne Jones

E  
ca I  
Y  
nue  
men  
En  
iV  
sali  
de s

Co  
está  
D. A  
inter  
200  
tas  
y á  
alca  
por  
en la  
dad  
de a  
Tolst  
La M  
Zola  
Rena  
misu  
Re  
dial  
empr  
de lo  
públi

—L  
nita  
de p  
pide  
del S  
de es  
senta  
y que  
mino

—L  
han  
ta me  
con g  
seta  
tes y  
cione  
autor  
jeros  
da, oc  
publi

—M  
dacta  
San  
puede  
que l  
dame  
ción a  
de los  
distin  
no Mc

# PEPITORIA

**Eleuteria**, palabra griega, significa **LIBERTAD**.

Y la protagonista de *Electra* de nuestro grande ¡que grande! incommensurable Pérez Galdós se llama *Eleuteria*.

¡Vaya una helenista como nos ha salido D. Benito y que maneras tiene de señalar!

## LIBROS RECIBIDOS

Con el título de *Obras Célebres* está publicando la casa editorial de D. Antonio R. López, de Madrid, una interesantísima serie de tomos de 200 páginas, con elegantes cubiertas al cromo, a 75 céntimos los unos y a peseta los otros, que habrá de alcanzar, sin duda, brillante éxito por el excelente gusto que preside en la elección de las producciones dadas a luz hasta ahora *La Noche de amor*, de Zola; *Imitaciones*, de Tolstói; *Adulterio*, de Adolfo Helot; *La Mujer del diputado*, también de Zola; el *Cantar de los Cantares*, de Renan, son libros que llevan en sí mismos la mejor recomendación.

Reciba el Sr. López nuestra cordial enhorabuena por su laudable empresa al popularizar la lectura de los buenos autores entre nuestro público.

—*Las Canciones* se titula una bonita colección de poesías que acaba de publicar el Sr. D. Pedro de Répide. Precede á la obra una carta del Sr. Gillo en la que, excusándose de escribir el prólogo solicitado, deja sentado que es admirador del poeta y que los versos de éste se abren camino propio. Precio, 3 pesetas.

—Los Sres. Bailly Baillière é hijos han empezado á publicar una revista mensual literaria, de 112 páginas, con grabados, al precio de una peseta. Contiérase *La Patria de Cervantes* y contiene novelas, cuentos, relaciones de viajes, aventuras, etc., de autores así nacionales como extranjeros. La edición es lujosa y esmerada, como todas las que acostumbra publicar tan reputada casa.

—*Manual popular de Higiene*, re-dactado por el Consejo imperial de Sanidad de Alemania. Pocas obras pueden ser más justamente alabadas que la que lleva este título, esmeradamente traducida de la octava edición alemana y acomodada al uso de los españoles por el ilustrado y distinguido médico doctor D. Mariano Montaner. Al dar á conocer esta

importantísima obra ha prestado su editor Sr. Seix, un señalado servicio, pues se trata de una obra utilísima cuya propagación puede proporcionar inapreciables bienes.

## EN EL PASO A NIVEL.

Un estridente silbido al hombre el peligro avisa de que vá á llegar el *monstruo* y quiere libre la vía. Cruje los recios herrajes, las ruedas rápidas giran, al roce estruendo y rudo la dura tierra trepida

Ya pasó, ya está muy lejos ya no le alcanza la vista.  
¡Oh, tren que tan veloz huyes cual huye la humana dicha!  
Si ventura me trajeses ¡qué despacito vendría!

JOSÉ AGUAS FERNÁNDEZ

## ¡SIEMPRE LOS MISMOS!

Con el título de *La Caballera* se ha estrenado en el teatro Sarah Bernhardt de París un drama trágico original de Jacques Richepin, —hijo del eminente poeta y dramaturgo de este nombre. La acción pasa en España; la protagonista se llama *Mira de Amesana*, resultando á la vez nombre y apellido de nuestro famoso poeta del siglo XVII; el galán es D. Cristóbal de Villarreal.

En cuanto al argumento consiste en que doña Mira de Amesana se viste de hombre, y no quiere ser más que hombre; es un espadachín en toda regla, y aborrece á los galanes. Con todo, se enamora de Villarreal, pero no tarda en sentir por él la más profunda aversión al vencerlo, en el noble sport de la esgrima. ¡Valiente novio! Con lo cual doña Mira de Amesana se mata, y paz vobis.

La obra se representa con un lujo deslumbrador en trajes y decoraciones.

Decididamente, hay que desconfiar de los franceses cuando se ocupan de nosotros, ó no sé si mejor ó peor dicho, de nosotros. Fuera de unos cuantos, como Meriméy Taine los demás desbarran, como deben de desbarrar cuanto tratan de otras naciones.

No insista usted en más remedios que es inútil insistir; para curarse los callos no hay más que el **LADIVONSIM**

Del que en beber se propasa arrear es costumbre eterna el jolgorio en la taberna, y luego la bronca en casa.

## GEROGLÍFICO COMPRIMIDO

**E** NOTA

## CHARADA



Las soluciones en el próximo número.

## SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior  
*Jeroglífico comprimido*.—Sobretudo.  
*Frase hecha*.—Reirse las tripas.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

J. A. F.—La respuesta ya es esta misma página. Le ruego no tome á mal el no haberle contestado á tiempo debido á mis muchas ocupaciones.

Selim.—Torrelavega.—Las octavas reales están perfectamente, pero no es el metro más indicado para el asunto. Cuando se hace uso de esas *dobles-seis* hay que ensartar unas cuantas docenas, ó no resultan.

El incendio.—Barcelona.—Gracias por sus benditas frases y acepto usted no una mano, sino las dos. ¡Caramba, y que felizmente se ha descolgado usted!

E. H. T.—Bucka.—El Jeroglífico está perfectamente.

M. G. y A. J.—Astorga.—Los versos están bien, muy bien. Solo falta ahora que podamos publicarlos pronto, pues tenemos como dos quintales de poesías.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA \* INSCRITO EN EL REGISTRO DE LA PROPIEDAD ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL "LA IBÉRICA", PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

vento e baturro

